

EL POPOL VUH

El manuscrito original del *Popol Vuh* fue descubierto a principios del siglo XVIII, por Fray Francisco Ximénez, nacido en Ecija, Alta Andalucía, el 28 de noviembre de 1668¹⁵. El lego Ximénez llegó muy mozo a la capital de Guatemala, el 4 de febrero de 1688 —aún no cumplía 20 años—, con el séquito del nuevo Gobernador, don Jacinto Barrios Leal; continuó sus estudios en el convento de dominicos de Guatemala; los terminó en Ciudad Real de Chiapa, y luego pasó a servir el curato de Chimaltenango, San Pedro de las Huertas, Xenacoj, Sacapulas. Cumplidos los 32 años, se hizo cargo del curato de Santo Tomás Chichicastenango, en donde vivió hacia los años de 1701 a 1703. En este viejo centro indígena, entre los papeles de la curia, dio con el manuscrito, hecho unos cien años antes, en lengua quiché y caracteres latinos.

Todas sus historias las traduje en nuestra lengua castellana de la lengua quiché en que las hallé escritas desde el tiempo de la conquista que entonces [como allí dicen] la redujeron de su modo de escribir al nuestro; pero fue con todo sigilo, y se conservó entre ellos con tanto secreto, que ni memoria se hacía entre los ministros antiguos de tal cosa...

La traducción del *Popol Vuh*, terminada antes de 1721, fue

15. *El libro del consejo*, Segunda edición, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1950. Prólogo de Francisco Monterde. (Adrián Recinos, en la *Introducción al Popol Vuh*, edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1953, p. 38, da 1666 como fecha de nacimiento del Padre Ximénez).

incluida por Fray Francisco Ximénez en su *Crónica de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. Se conservó inédita, en su convento dominico, en donde fue hallada por Ordóñez y Aguiar, quien la aprovechó en otra obra.

El *Popol Vuh* no fue conocido hasta mediados del siglo pasado, por las publicaciones del doctor C. Scherzer: en 1830 encontró el manuscrito en la Universidad de San Carlos de Guatemala, heredera de los papeles de Ximénez. El doctor Scherzer copió el manuscrito de Ximénez y lo publicó en Viena, en 1857, «a expensas de la Imperial Academia de Ciencias». Cuatro años después, un sabio muy ligado a nuestras investigaciones históricas, el abate Carlos Brasseur, quien de México llegó a Guatemala en febrero de 1855, publicó la versión francesa al lado del original, en París, en 1861.

El abate Brasseur de Bourbourg descubrió en Rabinal, en donde sirvió al curato, *El Varón de Rabinal*. No hay en este ballet-drama, de escueto argumento y bien contada su sencilla acción, el menor rasgo de tradición occidental. Es autóctono, sin huella alguna de cristianismo, sin alusión, distante siquiera, a lo español. Con los otros libros guatemaltecos, entre los cuales se destacan el *Memorial de Sololá* (*Anales de los Xabil* o *Anales de los Cakchiqueles*) y el *Título de los Señores de Totonicapán* —el *Popol Vuh* tiene calidad impar— completamos, tanto como con las ciudades antiguas, estelas, cerámicas y los tres códices mayas que se conocen —el Códice de Dresde, el Tro Cortesiano y el Peresiano—, el mundo primordial de Guatemala. A veces, tan cercano, apenas recubierto por leve capa de polvo. A veces, tan remoto y definitivamente sepulto.

En los libros que nos han legado las nacionalidades quiché y cakchiquel, encontramos datos de la corriente original de los pueblos de una vasta región de América del Norte, México

y Centroamérica y sus vicisitudes históricas o legendarias, impregnadas de rastros culturales de los núcleos más antiguos. ¿Qué leyendas hay al otro lado del Estrecho de Bering, entre chinos, mongoles, siberianos, coreanos, acerca de tales migraciones?

El *Popol Vuh* y los *Anales de los Cakchiqueles* (o *Memorial de Tecpán Atitlán* o *Memorial de Sololá*) parecen penetrar oscuramente hacia zonas de un mundo muy lejano y oculto detrás de la propia civilización maya antigua y de la civilización tolteca, que hasta fines del siglo IX de nuestra era ejerció influencia en ellas.

Los *Anales de los Cakchiqueles* recogen lo legendario y los aspectos más directamente históricos que el *Popol Vuh*, absorbido éste, casi en su totalidad, por cosmogonías y teogonías. Los *Anales de los Cakchiqueles*, dejan caer algunas sondas hasta el mundo mítico, poblado de milagros y dioses zoomorfos, propio del *Popol Vuh*. Las narraciones quichés de la creación del hombre coinciden con las cakchiqueles. Es una misma fuente. Los *Anales de los Cakchiqueles* (o como el *Popol Vuh* y los *Libros de Chilam Balam* de los mayas de Yucatán) trazan el nacimiento de la corriente migratoria que llegó a Tulán, al Poniente, desde el otro lado del mar. Historia de linajes, hazañas, peregrinaciones y luchas contra potencias mágicas y tribus. «Nuestros corazones —dicen los Anales— reposaban a la sombra de nuestras lanzas».

Tula, capital de la nación tolteca, entre brumas aún hoy, es centro matinal de la diáspora de los pueblos que migraron hacia el sur para asentarse en nuestras tierras. Allí se organizaron en siete tribus y buscaron nuevos sitios para establecerse. Así lo afirman los *Anales de los Cakchiqueles*, recogiendo tradiciones posteriores, «tomadas de la mitología más moderna de los nahuas», aclara Brinton.

Es arduo discernir en estos textos las influencias de las diversas culturas de que proceden. Se hallan trenzadas unas con

otras. Son abundantes las relaciones entre mitos toltecas y mayas. En ambas culturas hay un fondo propio y original, difícil de reconocer por aportaciones posteriores, muy semejantes, acaso superficiales, acaso profundas. Tula, hasta hace pocos lustros identificada, con bastante certeza, en las hermosas ruinas de tal nombre en el Estado de Hidalgo —al norte y no muy lejos de la capital de México—, es la ciudad legendaria de las siete cuevas o barrancas de Quetzalcóatl, Chicomoztoc de los aztecas y Tulán Zivan de los quichés.

Quetzalcóatl, mito central, historia a la vez de los toltecas, anuda estas tradiciones: los mayas le llaman Kukulcán; los quichés, Gucumatz. Las cuencas de tres grandes ríos: el de Chiapas, el Usumacinta y el Motagua albergan a los pueblos durante el llamado Viejo Imperio, cuya historia no está precisada en los libros indígenas.

Hay que arrancarla aún de inscripciones jeroglíficas, que apenas empiezan a descifrarse.

El Viejo Imperio decayó por motivos que se ignoran: supersticiones que los hicieron abandonar las urbes o imposibilidad material para vivir por agotamiento de las tierras que ya no producían suficiente maíz o por epidemias y guerras intestinas. Paul Valéry, sacrificando a su gusto por el *esprit*, hiperboliza: «Una civilización aniquilada por un mosquito». Tikal, Palenque, Piedras Negras, Copán, Quiriguá, se desplomaron a fines del siglo IX.

El *Popol Vuh* es el libro fundamental, la Biblia de nosotros, hijos del maíz. Otras creaciones indígenas (*Los libros de Chilam Balam*, *Xac Chalub-Chen*, de los yucatecos) se hallan muy lejos de la riqueza y complejidad del *Popol Vuh*. Las versiones son numerosas, y, para tener razón de ser, a veces la diferenciación es rebuscada. No me interesa en ellas el buen castellano, sino sentir el pensamiento indígena, el pulso remoto de mi sangre.

Por su fabulación, el *Popol Vuh* no pierde, ni en las versiones menos felices, su poder de encantamiento. Como la Biblia, es un conjunto de textos sagrados y profanos, con proporciones heroicas, en donde fermentan dioses, hombres y animales, en un ámbito mágico que envuelve el origen del mundo, del hombre y de los dioses. Mito, leyenda, historia: edades de la mente del hombre.

Las coincidencias con obras de mentalidad primitiva (el *Kalevala* de los fineses, el *Ramayana*, el *Génesis*, etc.) son numerosas. El *Popol Vuh* cuenta el Diluvio, la destrucción de los primeros hombres, la creación de los buenos y definitivos, hechos con maíz blanco y maíz amarillo, por Xmucané, rica ya de mayor experiencia; la pérdida de la sabiduría porque Xmucané había logrado hombres perfectos y los dioses les nublaron la vista, para que no viesen y conociesen lo que sólo a ellos correspondía: «Entonces fueron petrificados los ojos de los cuatro por los Espíritus del Cielo, lo que les veló como el aliento sobre la faz de un espejo». La obra es prodigiosa en lo germinal y telúrico, en la lucha entre los hombres de la muerte y las tinieblas —los de Xibalbá— y los primeros hombres de la vida. La dualidad del bien y el mal, cielo o infierno, día y noche, se debate a lo largo de su párvulo fluir nocturno. Poesía densa y bullente, refinada y brutal. Hombres dioses y dioses hombres, con ritmo de obsesión mágica, recorren el amanecer del sueño y el tiempo creando y destruyendo mundos. Algunos episodios de la lucha con Xibalbá, la leyenda de Xquic —Eva y Venus nuestras—, parecen relatos de cuando la tierra empezaba a enfriarse; de cuando los minerales aún semiderretidos, las cordilleras recién formadas, blandas aún, empezaban a soñar musgo y espacio; de cuando aquellos dioses u hombres dioses vieron cómo fue surgiendo la vida y cómo las rocas desperrezábanse en serpientes y cocodrilos con la memoria

COMIENZO

de la tierra viva en ellos, ahitos de sueño, la mirada átona y nula. Y llegamos a la sangre, Xquic, que, fonéticamente, también encarna la goma, látex casi vivo en sus rebotes en el Juego de Pelota —diversión y prueba de la destreza de los dioses— hasta nuestra sangre, hasta nuestro Ahora y nuestro Mañana.

Lo extraordinario en Guatemala y México, meollo indígena de América, es cómo el corte de la tizona española no nos ha separado del mundo antiguo, de la poesía primigenia y original, de nuestra carga explosiva y mágica. El mito se hizo carne. Al partir la tizona la Serpiente Emplumada, los trozos cobraron nueva y vieja existencia. Y se internaron en las selvas y se escondieron por todas partes. Hoy reptan y vuelan en palabras, sangre y sueños, tan vivos como en códices, leyendas, frescos y monolitos.

El agua bendita no apagó el fuego central del planeta propio, de la tierra hecha por nosotros ayer. La misma de todos y otra a la vez. Las llamas se animaron, y aun el agua bendita cayó en la hoguera, tal nuevo combustible, en la ceniza jamás enfriada que caldeó la noche de obsidiana de los Procreadores, de los Grandes Maestros Magos.

La primera cruz, que fue la de la espada, la primera cruz blanca, sirvió para darnos muerte. Los abuelos se acurrucaron, se metieron dentro de sí. Se cubrieron con el manto del Brujo del Envoltorio, como el caracol en la concha, la tortuga o el armadillo. Aún se cobijan así, mirando el mundo con desconfianza. Cada vez que han deseado asomar un miembro, el rayo ha caído sobre ellos. Desde su santuario, protegidos por el mito, por una hendidura del tocado de plumas blancas —Caballeros Tigres, Caballeros Águilas— contemplaron el estallido mortal de la pólvora, las fogatas de la Inquisición, el brasero que enrojeció los hierros que marcaron su carne como a bestias.

Entre las páginas surge el lamento. A veces, sólo ironía, esa

sonrisa concentrada en los dientes, la cara impávida, sonrisa de tacuazín, entre las puntas escasas del bigote lacio y caído del indígena. Leemos en el *Popol Vub* acerca de Francisco Marroquín, primer Obispo de Guatemala, esta historia del reino quiché y su capital, Gumarcaah:

Entonces se separaron en nueve clanes; habiendo acabado la querrela de las hermanas, de las hijas, se ejecutó la decisión de que gobernarían veinticuatro Grandes Mansiones, y esto sucedió. Hacía mucho tiempo que todos (los hombres) habían llegado allá a su ciudad cuando ajustaron las veinticuatro Mansiones allí en la ciudad de Gumarcaah. Bendecida por el Santo Obispo, esta ciudad está vacía, abandonada.

La paloma del Espíritu Santo no trajo olivo, sino centellas. No fue presa de las águilas, sino aniquiladora de quetzales. Y ahora que la nube de pólvora se ha desvanecido, si bien al respirar profundamente aún sentimos su olor acre y nefasto, vemos que la Iglesia y la lengua pontificales unieron nuestro ayer y nuestro hoy con vértebra poética, como la que une el caballo y el hombre en el centauro.

Y eso es América, la del *Popol Vub*. Siempre se oye la lanzadera del mito tejiendo la urdimbre de nuestros pasos en el alba. América nocturna con su cielo y estrellas propias. Con los cuatrocientos jóvenes muertos por Sabio Pez Tierra, donde uno de los abuelos es el sol, el otro la luna, ligada al mundo mediterráneo, a la cruz que borró el nombre de nuestro reino principal, en aquel lamento espantoso, breve y desnudo dolor puro, con el cual ciérrase el gran libro sagrado: «Tal fue la existencia del Quiché, porque ya no hay, está perdido, aquello que hacía ver lo que fueron antaño

los *primeros* jefes. Así pues, es el fin de todo el Quiché llamado *Santa Cruz*¹⁶.

Para ejercitar las facultades mnemotécnicas, el ritmo y la rima sirven excelentemente en la palabra, como el ritmo y la melodía en la música. No se pierde fácilmente el hilo del ovillo que vamos desenvolviendo hasta salir del laberinto, apoyados en el brazo del monstruo. Hay correlación entre las diversas expresiones, o, hablando con más propiedad, la expresión es una y diferentes los medios de cada arte. El hombre interpreta, sirve su época, condicionado por el ambiente, por la estructura social. Lo sorprendente no es que un estilo corresponda a determinada sociedad o época histórica, sino que, a mucha distancia de tales estructuras, el arte mantenga su validez. La explicación de una expresión como parcial resultado del medio es un aspecto sociológico en donde hay bases objetivas para juzgar. No acontece lo mismo con el carácter puramente estético, donde los valores son fluctuantes e imprecisos y aún se hallan fuera de las ciencias exactas y experimentales.

El *Popol Vub*—historia heroica, saga de los hombres quichés, realidad y leyenda— penetra en el tiempo de la cerámica más arcaica, hasta los cimientos de los templos. Un corte en la tierra maya, donde descubrimos diversos estratos y fases de cultura. Un corte en el cerebro maya, donde encontramos las más propectas ceibas y las enredaderas más jóvenes. Como por todos los grandes libros de mentalidad primitiva, un pueblo da sus primeros pasos en una poesía, viva y ciega, como embrión. Las fuerzas naturales, las necesidades de la existencia, se enlazan metafísicamente desde los comienzos. El hombre les

16. *El libro del consejo*, traducción y notas de George Raynaud, J. M. González de Mendoza y Miguel Ángel Asturias, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México (segunda edición). México (1950), p. 183.

otorga realidad, forma y dimensiones tangibles. Surgen signos y símbolos, dibujos y pinturas. Lo que se habla en los símbolos, lo que se pide o se invoca ante ellos, los ruegos o amenazas, las suposiciones acerca de obras y poderes, son mitología, leyenda, historia, y los dioses no se sabe si fueron hombres, porque los hombres fueron deificados muchas veces. Las asociaciones de un poder o fenómeno natural, la lluvia, el rayo, el temblor de tierra, la tormenta, la muerte, el viento, el fuego, el eclipse, la fecundación, la noche o la aurora, van consubstanciándose de tal suerte que el héroe se borra detrás del nombre que recibe. Se es tapir del alba, mariposa de obsidiana, serpiente cubierta de plumas. Y el mundo de los fenómenos naturales ligados a la vida va confundándose con la concreción de los mismos. Con los hombres sabios que reciben el nombre simbólico de aquellas fuerzas o dioses. Existen un pensamiento, una concepción de la vida y la muerte; una filosofía, una interpretación de lo explicable y lo inexplicable, siempre acosadas por lo perentorio, porque es muy práctico el mundo de la mentalidad primitiva. En la poesía de tales textos delirantes, el ritmo encierra funciones específicas, como el de la flauta frente a la cobra.

La poesía no creaba una taumaturgia, un engaño propiamente, una simulación. Creaba una fe, más que un fanatismo. Era positivamente mágica en relación con esa fe. El carácter único del *Popol Vub* se realiza por el hecho de ser una de las más puras formas que existen de la matinal palabra del hombre. Palabra por excelencia, cargada de facultades de creación y aniquilamiento. Es hontanar de fe tan ciega que se hunde en los orígenes y logra abrir los ojos en las profundidades y traernos hasta el cielo de hoy todo lo que ha visto y conocido. Del viaje a miles de años atrás y del cambio de ambiente tan radical, emerge la sorpresa.

No es que hayamos descubierto que el mecanismo de la

mentalidad primitiva no funciona para nosotros, y que el Dios tremendo es tan inofensivo como inexistente. El problema es otro. No es Dios alguno el que nos inquieta, sino la concreción ardiente del hombre y de su fe. El poder verlo. El milagro no se opera ante nosotros, porque no tenemos esa fe. Porque no tenemos mentalidad primitiva. El Dios en el texto, en la escultura, en el templo que le fue edificado, no es un impostor. Y jamás se enfría hasta el punto de ser cadáver. El sopro demiúrgico perdura en la superstición borbollante del hombre.

Por encima de la palabra hablada o escrita, de la escultura y la arquitectura, la música o la danza, hay un universo impalpable de poderes y de pasión humana general, de sed de eternidad y sed de mito y verdad práctica, como en toda poesía que no se marchita nunca, aun cuando la relojería, la construcción de la creencia, haya sido desmontada y analizada en detalle.

La tensión con que el *Popol Vuh* concentra el sopro anímico y genésico es la verdad del libro, su indestructible fuerza perpetua. Lo que en siglos acumularon los quichés en la creación de sus páginas lo sabemos en un momento. Sentimos, de golpe, nostalgia de lo sagrado aborígen, y recorremos no sólo la prehistoria del hombre, sino toda su ansia. En la génesis del hombre y del mundo, no creemos, o acaso preferimos la del Viejo Testamento, la de la ciencia de nuestros días. Y esto es desmontar la relojería, hacer la disección, identificar la materia, y la verosimilitud se queda corta, chata, ineficaz, frente a la exaltación creadora. La pasión, la obsesión de eternidad, hacen perdurable en el *Popol Vuh* la vigencia poética. Al sumar las fracciones, tenemos el todo, pero no cabal, si no advertimos el alma de su palabra. El *Popol Vuh*, como muy contados libros, encierra la esencia de la condición humana como poesía en estado bruto, tan directa y elemental que, para poder narrar o explicar, recurre a la constante

asunción del mito. El mito por dondequiera empollando sus monstruos emplumados, cargados de muerte y sabiduría, con todo el dolor de lo prenatal. Es una bitácora, una brújula. El plan de un rumbo y la descripción del mismo, con finalidad poética, es decir, hambrienta de perentoria verdad práctica. Historia del hombre, de sus luchas y creencias, de la adaptación recíproca de ellas, no sólo para abrir la ruta, sino para seguirla y apasionarse en el recorrido y para imaginarle una meta.

El hombre, al morir, en un segundo, penetra en la eternidad. Recuerdo a Lucrecio afirmándonos que en el primer segundo de estar muertos sabemos tanto de la eternidad como el primer hombre que entró en ella. Estamos en lo infinito en un instante, con la misma cantidad de luz y noche que el hombre primero. Nos reintegramos tan velozmente a la naturaleza, a los Elementos, que esa conciencia, absoluta y total, nos arrastra en su rayo. Sabemos lo del sol y la hormiga. Lo del viento y el fuego.

Nos deslumbramos: sentimos los planetas como arenillas en los dedos. La poesía de las creaciones cosmogónicas y teogónicas es una brizna de toda esta sabiduría ofrecida imperfectamente y sin la velocidad de la muerte. Se adelanta o se retorna con torpeza, hasta el primer hombre. A veces, se diría que equivocamos el extremo del antejo mágico y no sabemos si vemos la bóveda celeste o una gota de agua. Es un rayo lento el *Popol Vuh*, Carta Magna del alma guatemalteca.

Los frescos, la escultura, son creaciones de la misma mentalidad de los textos sagrados: ilustraciones o concreciones tangibles de la poesía. Si ponemos en la tierra un monolito de Copán o Quiriguá, como hueso de un fruto de tal mundo, germinará una ceiba de leyendas. Aprender ese mundo fue una necesidad. Y surgieron el dibujo, la escultura, las narraciones que son esas esculturas y pinturas con palabras.

El *Popol Vuh* —dijimos— es como un corte de la tierra y del cerebro mayas. Este cráneo pensó con los dioses y signos que adornan las vasijas. Aquel otro, posterior, trae el recuerdo de los abuelos, aunque sea más perfecta la forma y la representación ideográfica de sueños y temores. Y sigue adelante hasta que de la caverna sale el sol, levanta muros, columnas y ensaya bóvedas. En ellos está su mundo y su trasmundo.

En el *Popol Vuh*, el hombre crea un palacio, una pirámide y como apoya las propias estructuras materiales sobre viejas estructuras muchas veces eslabonándolas, éste es un libro de fragmentos, de edificaciones superpuestas y pedacerías de cerámica de épocas distintas. No representa, en la versión que sobrevive, una época precisa, como si hubiese sido creado por un hombre en los años tales de la vida de su pueblo y de su vida. Sucesión de colectivas narraciones cortadas que pasaron de memoria en memoria de los sacerdotes de las tribus; canto rodado que se fue puliendo y recogiendo color y materias de su recorrido en el tiempo. Posiblemente, el indígena o indígenas que lo fijaron en la forma en que lo conocemos no lo comprendían mucho mejor que nosotros. Un texto va siendo diferente, porque el hombre que lo aprecia es diferente. La verdad definitiva, absoluta y existente de la poesía está hecha con la suma de todas esas parcialidades a través de hombres y épocas.

El *Popol Vuh*, anónimo como yo lo creo o del quiché Diego Reynoso, era un *Popol Vuh* en ruinas, abandonado, perdido en las selvas de la memoria, como estaban perdidas en las selvas del Petén, para el autor anónimo y sus contemporáneos, Yaxilán, Tikal y Uaxactún. Lo que el autor rescató al escribir son vestigios del mundo indígena. Encontró pavesas en su memoria y en la de sus contemporáneos y, para que no se esfumasen más, logró escribir los relatos —aquella poesía oral—, pensándolos tempranamente

en su propia lengua y fijándolos en español. El genio del idioma arde en una misma llama con el ensalmo del pensamiento: así se origina el estilo del *Popol Vuh*: una de sus significaciones principales en el amanecer de la experiencia humana. En ello perdura otra de las huellas de su inmarcesible acento.

Como las pinturas y las esculturas, que son palabra, poesía en línea o en volumen, el *Popol Vuh* es testimonio único e inmejorable de la sensibilidad primitiva, radicalmente aborigen, y encierra perfección y calidad impares. La unidad de tal sensibilidad se evidencia en nuestra expresión, no obstante que hoy el mestizaje encarna la voz. El mundo indígena ejerce poder ingente y seguirá ejerciéndolo. La habilidad decorativa, el barroquismo de la forma y la fascinante abundancia imaginativa, mezclada a su realidad más concreta con informaciones de todo orden —leyenda, historia, religión, gobierno, costumbres, preocupaciones— dan al *Popol Vuh* uno de los sabores característicos. De la cerámica, de los códices, de los murales, pasaron a las telas precolombinas más adornadas. Así en las actuales está la raíz de la sensibilidad maya. El color y las formas, las manchas del jaguar y de los pájaros, penetraron por todas partes, y no sólo por los ojos, y aún engalanan nuestro mundo. Las palabras llevan plumas de quetzal y orquídeas y arcilla roja de los ídolos. La supervivencia de lo indígena es tan grande por ello: estilo nacido por el propio ambiente natural en que vivimos. Nos apasiona el adorno, la voluta, el colorido. Una suntuosidad estival que nunca pierde su refinado rigor. Una sabiduría orgiástica y severa. Hay gozo en el rasgo excesivo del clamor o de la metáfora plástica o poética, o se va al extremo opuesto, o por inhibición más que por recuerdo —demasiado remoto— de geométricas formas elementales; a la perifrasis, al murmullo de la petición alambicada, hecha con eufemismos y disfraces; a la afirmación escurridiza, en estira y afloja constante,

sinuosa, indirecta y oculta, condicional o subjuntiva y en tercera persona o primera del plural, con atenuantes y amortiguadores, que llega hasta más allá de la reticencia y la sequedad, al silencio mismo. Sobre todo esos silencios apretujados y sumergidos, domeñados por el trauma colonial del indígena y el mestizo, y el trauma tremendo de tiranías mestizas, surge el estallido iracundo o la lenta y prolongada arborescencia que es el barroquismo de nuestra expresión.

Algunas de estas narraciones acaso se presentaron esquemáticamente (*El Varón de Rabinal*) en festejos relacionados con la vida agrícola, el calendario y varias presencias del panteón maya. Hay similitud en el amanecer de los pueblos: en los episodios se anudan la mitología, la leyenda y la historia, y se evocan con danza, música y salmodias. Su insistencia, el machacar del paralelismo, los salmos quejumbrosos, recuerdan el teatro chino. Mucho de la poesía fue teatro y danza antes, en otras civilizaciones, como el *Cantar de los cantares*.

Las celebraciones periódicas aseguraron la supervivencia de leyendas, de hazañas de mitológicos fundadores de la estirpe. Hoy día, en Guatemala, aun en los pueblos no aislados, se repiten danzas y parlamentos rituales. Los más conocidos evocan la Conquista casi siempre. Estas representaciones proceden del siglo XVI, mezcladas con catolicismo y dirigidas contra los «infeles» por los primeros misioneros. Las máscaras de los Santiagos exageran los rasgos y las características: ojos azules o verdes, abundantes barbas y bigotes, nariz aguileña, pelucas de rizos rubios. Los «infeles», los «moros», los indígenas, se hallan representados con grotescas máscaras morenas, cubiertas de alimañas —batracios, arañas, serpientes— para que encarnen su convivencia con el diablo. Nada extraño me parece que el *Popol Vuh*, que acaso vivió siglos antes del arribo de los españoles de manera semejante,

haya podido constituir un ciclo heroico, salvado por tradición oral, precisamente por formas elementales de teatro, en que la leyenda se representa en días y días, objetivándola con máscaras, danza y música.

Ocupan lugar único, solitario y magnífico, en las letras más guatemaltecas y preciosas de Guatemala, semiolvidados y en penumbra, quienes nos legaron los libros indígenas, no importa cuál sea el criterio que se tenga del trabajo de ellos. A estos cronistas indios —poetas maravillosos— debemos el testimonio milenario de la sangre, herencia tan valiosa como la cerámica, los códices y los templos.

El eslabón de nuestros pueblos, forjado por los cronistas aborígenes, se une al de los cronistas castellanos, ligando dos mundos diferentes. Sin ellos ¡qué laguna habría en nuestro más legítimo patrimonio espiritual! Vivieron la pasión de las nacionalidades, recogiendo lo portentoso de los acontecimientos y de la tradición popular, transmitida de generación en generación. El anónimo indígena quiché autor del *Popol Vuh* es un padre y maestro mágico como los héroes de sus narraciones. A Diego Reynoso debemos, probablemente, parte del *Título de los Señores de Totonicapán*. A Bartolo Ziz, el ballet-drama *El Varón de Rabinal*. A Francisco Hernández Arana y Francisco Díaz, *Anales de los Cakchiqueles*, con la cooperación anónima, en épocas diversas, de otros analistas de la comunidad. Sus nombres guardan sitio señero en la historia de la literatura precolombina. Sin embargo, los nombres de estos compiladores o rapsodas no son familiares.

El *Popol Vuh* sobrevive como los restos de un naufragio, como las brasas de un incendio. Su autor anónimo, a mediados o en las postrimerías del XVI, lo compone, lo reintegra de nuevo, valiéndose de recuerdos de gentes que guardaban las tradiciones recogidas en el primitivo *Popol Vuh*, que, posiblemente, existió

escrito alguna vez o memorizado y perpetuado por tradición oral.

La versión de que hoy disponemos acaso proceda de códices perdidos. Los códices —más que libros propiamente— servían para fijar la memoria, para excitar la imaginación.

Visto el libro o, más exactamente, la pintura, el lector iba refiriendo y relatando la leyenda escondida, las imágenes y signos simbólicos del pinacograma. Era necesaria una fijación mnemónica y el metro y la música ayudaron a forjarla, como en todas las culturas literarias al comenzar. De ahí nació el cantar, poema, relato, o *relación*, como se llamará con frecuencia la lectura comentada de lo que el códice decía. No en vano la palabra náhuatl que expresa nuestra idea de *leer* corresponde a la de *contar*, sea enumerando, sea narrando: *pobua*. Bien pronto el cantar se libertó de la sujeción a la pintura. Corrió por su camino, como cosa viva, y se fue transmitiendo de boca en boca. Una de las ocupaciones de los sacerdotes era conservar, componer, enseñar, recoger y difundir aquellos cantares¹⁷.

El probable origen oral de la versión del *Popol Vuh* explica lagunas y oscuridades de numerosos pasajes. Porque hasta la fecha ignoramos que hayan escrito en lengua propia las tradiciones conservadas oralmente, se ha negado la existencia de una literatura indígena. Se ha querido establecer diferenciación tajante: sin palabra escrita en la propia lengua, no se puede hablar

17. *Épica náhuatl*, Ángel María Garibay K. (Introducción). Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, Colección del Estudiante Universitario, 1945.

LITERATURA NO ESCRITA-ORAL

de una literatura determinada. Las limitaciones de tal criterio han sido discernidas y demostradas muchas veces. La literatura de los pueblos primitivos está en la palabra, en la tradición oral o como llegó escrita hasta nosotros, en lenguas vernáculas o en castellano. Lo destruido por los Fray Diego de Landa, los Juan de Zumárraga, habría dado respuesta aún más terminante: «Hallámosles grande número de libros de estas sus letras; y porque no tenían cosa en que no hubiera superstición y falsedades del demonio —nos dice Landa— se los quemamos todos, lo cual a maravilla sentían y les daba pena».

En los grandes libros guatemaltecos se expresa un pueblo con sus condiciones sociales y las aspiraciones de una cultura. Confirman tales testimonios los demás restos del naufragio: ciudades, esculturas, estelas, joyas, códices, cerámica. El *Popol Vuh*, el *Memorial de Sololá* o *Anales de los Cakchiqueles*, *El Varón de Rabinal* y el *Título de los Señores de Totonicapán* abarcan dos zonas en muy diversa medida: una, en que lo mítico domina, la fabulación poética de dioses en sus trabajos y sus días y hombres portentosos como dioses; y otra, en que domina el hecho real comprobado, claramente aludido: el propósito reivindicativo de tierras, la historia de un linaje, la acusación contra la Conquista, el registro de nombres que encarnan alivio o dolor, así como sucesos que golpearon su imaginación y sus cálculos. Vive en ellos, hombres medidores del tiempo, la preocupación cronológica: en los *Anales de los Cakchiqueles* se registra que el 2 de febrero de 1584 llegó a Sololá la orden para la corrección del calendario, decretada por Gregorio XIII en 1582.

Quienes nos transmitieron el *Popol Vuh*, los *Anales de los Cakchiqueles*, el *Título de los Señores de Totonicapán*, *El Varón de Rabinal*, tuvieron la aptitud de hacerlo hurgando en la memoria y en la sangre con todas sus raíces. Aptitud y voluntad, así como pasión,

con orgullo del panteón maya, del linaje. Son luminarias que no pudo apagar el agua bendita. Ni las campanas han sustituido al teponaxtle, ni la flauta al xicolaj. Los nuevos ídolos no han batido a los antiguos.

Las llamas de más esplendor de estos libros no se ocupan en problemas o lamentaciones particulares del hombre: son expresiones directas de un pueblo entero que los concibe amasándolos en centurias o milenios con oscura experiencia colectiva y excepcional capacidad fabuladora, por la misma virginidad de la emoción y el raciocinio. Cuando se lee la abundante obra derivada de estos textos, ya sea en relatos o leyendas, con el prestigio de un sistema metafórico que desea adentrarse en lo primigenio y hasta intenta salirle adelante con las más brillantes formas de las literaturas más avanzadas, como lo han hecho algunos escritores actuales, nos cercioramos de que jamás logran acercarse a lo esencial de los textos autóctonos. Tentativas escénicas buscando la deflagración mágica de las fábulas indígenas también han mostrado su bastardía congénita y la impotencia para alcanzar algo del cielo perdido para siempre.

Son cristalizaciones del anhelo y el pavor de estos pueblos, de sus dioses y sus hombres que se elevan a la apoteosis, a veces indiferenciables, enredados en la fábula, como las raíces en la tierra. No son historia: transfiguran hechos seguramente reales y fantásticamente los interpretan. Se nutren del aire, de los minerales, de los pájaros y planetas, para crear florescencia de limbo, fetal y prístina, de humanidad balbuciente. Llegamos al embrión, a las primeras palabras de los huesos de todos. Palpamos nuestra remotidad. Penetramos, perpendicularmente, en el tiempo cuando no había tiempo. Labran sus sueños como dioses. Hombres en el acto de la creación, en su presencia más pura y evidente, engendran como demiurgos. A pueblos enteros

Popol-Vul

se los ve amasar sueños y vigiliias de milenios; realidades con deseos, terrores y esperanzas, barro original al que dan el soplo de la vida con el fuego robado, rescatado.

Quienes nos dejaron herencia tan asombrosa encarnaron nuestro destino: oímos el caudal indígena juntándose con la sangre española. Nos nutrimos en su noche, en el claustro materno del pueblo, regado por mil y mil años capilares que, como raicecillas, se hunden en los mitos vernáculos, con imantación que ha modelado nuestra vida. «El mundo se injertó en nuestra poesía —decía José Martí— pero el tronco era americano». El perfil de Guatemala es el del Dios del Maíz. Sangre y poesía son aquí la misma cosa.

Una literatura escrita por los
bosques y las selvas, por
los hombres-dioses y los
dioses - hombre, por el
fuego, el aire, el agua de
los ríos y la tierra.

imágenes
poéticas,
accidentadas